

con la filosofía, como sistema real de conocimiento objetivo, dejándolo sólo subsistente como mero ejercicio formal del entendimiento, fué el que recibió de Justiniano mandando cerrar la escuela de Atenas, única ya que existía, dispersándose sus filósofos por Egipto y Persia, muriendo de todo punto el platonismo, y sustituyéndole una imperfecta interpretación de Aristóteles, que no se proponía un fin propiamente científico, sino puramente dialéctico y escolástico. Como quiera que ello fuese, al calor de la polémica sostenida contra los Alejandrinos, había nacido la brillante escuela teológica de los Padres y Doctores de la Iglesia griega, que habiendo comenzado en San Clemente de Alejandría, terminaba ahora en San Juan Damasceno, quien aplicando con cierto sistema la lógica peripatética á la demostración de los dogmas cristianos pasa por ser uno de los fundadores de la *Escolástica*.

La destrucción del paganismo en Oriente, el triunfo del Cristianismo, el haber abrazado el sacerdocio los hombres más distinguidos por su talento, elocuencia é instrucción, el decaimiento de la filosofía y el haberse teocratizado el poder civil, fueron otras tantas causas que contribuyeron á que aún allí predominase la literatura sagrada sobre la profana en el gran período de los Atanasios, Basilios, Gregorios y Crisóstomos, y á que decayesen después ambas igualmente. Fenómeno singular: los Bárbaros amenazaron el imperio de Oriente, mas no lo conquistaron. Librándose Constantinopla de su barbarie, y heredera de la grandeza del imperio romano, conserva las obras maestras de Roma y de Grecia, continúa hablando su propia lengua, y na-

die la destruye, ni roba los tesoros de su antigua civilizacion. ¿Qué hace de ellos? ¿Los conserva, los aumenta, los propaga á los otros pueblos? No: al poco tiempo de haberse separado del imperio romano, su ignorancia y atraso se parecen casi á la de los Bárbaros de Europa. Y sin embargo, ¡cuántas cátedras, y qué de profesores! Queriendo Teodosio el Joven dar impulso á los estudios, ademas de cinco aulas para la interpretacion de los sofistas griegos, tres para la elocuencia romana y dos para el derecho, creó en el colegio imperial de Bizancio veintiocho plazas de maestros de lenguas, trece para la latina y quince para la helénica. Y no obstante tanta enseñanza de gramática y humanidades, no apareció un poeta de verdadero númen para cantar dignamente las conquistas de Justiniano ni las victorias de Heraclio. En alguna que otra descripcion de Pablo el Silenciaro, se cifró toda la riqueza poética del siglo que vió nacer á Triboniano y á Procopio. Algo más era de esperar de los contemporáneos de Belisario y Narsés. Temeridad hubiera sido, empero, cantar á los vasallos, á la vista de sus celosos señores; y mucha mayor todavía narrar su historia como piden la verdad y la imparcialidad que se cuenta.

Ni aun fué libre la enseñanza de la filologia, estudio el más cultivado como el más inofensivo en la escuela ecuménica bizantina, porque no podian separarse los profesores de las reglas y cánones de la gramática de Dionisio el Tracio. Tambien la jurisprudencia, enseñada en Constantinopla y Beryto, se ahogó entre fórmulas, comentarios, Pandectas y Novelas. La medicina se alimentaba de tra-

ducciones, y creía en la virtud de los talismanes, filtros, específicos y secretos, abundando los curanderos y charlatanes. Estéban de Alejandría, médico y químico del siglo VII, pretende, en una *Crisopeya* que escribió, enseñar el secreto de hacer oro; esto es, creía haber descubierto la piedra filosofal. Alejandro de Tralles, discípulo de Hipócrates y de Galeno, apartándose de la rutina y tomando por guías la observacion y la experiencia, fué una singular excepcion. Las ciencias y las letras no contaban con vida propia, no florecian sino cuando los emperadores las tomaban bajo su proteccion. Por eso no florecieron ni en tiempos de los Heráclios ni de los Isauros. Algo se reanimó la cultura por la aficion que á ella tuvieron los Macedonios. Leon el Filósofo no mereció tanto este nombre por su ciencia, cuanto por el amor que le profesaba. Y lo que escribió Constantino Porfirogénito, así como el saber inmenso de Focio, consistia en extractos y compilaciones de escritores antiguos. Las ciencias y las letras, las ideas y las palabras, todo se inmovilizó ante la rutina, la supersticion y la mirada recelosa de los gobernantes. La educacion de la juventud comenzaba en edad muy tierna, y duraba bastantes años, en los que se hacian gramáticos y sofistas, jamás ciudadanos, porque los estudios no se proponian formar hombres, sino espíritus sutiles, superficiales y disputadores. Los Griegos de Bizancio, eran muy eruditos, leian y compilaban mucho, pensaban poco ó nada. El sinnúmero de escoliastas y comentaristas era una riqueza parecida á la miseria, porque no basta la erudicion para que un pueblo viva y se desenvuelva intelectualmente, ya que

el sobrecargar la memoria de hechos y de palabras ahoga la razon y la avasalla, no dejándola libre para ahondar las profundidades del espíritu. Todo allí se alimenta del impulso que trae de lo pasado, no porque le facilite lo presente medios y condiciones para mejorar y perfeccionarse. ¡Qué diferencia del imperio romano al Bajo Imperio; qué descenso de Atenas á Constantinopla!

Cuéntase que descando la nueva Bizancio levantar á Constantino el Grande una estatua, no se encontró un artista hábil que se encargase del trabajo, habiéndose tomado el partido de colocar sobre un pedestal nuevo el cuerpo de una estatua antigua descabezada, fijando sobre ella la efigie de su fundador. La decadencia en la estatuaria alcanzaba tambien á la arquitectura, que en la época de Diocleciano se sobrecargó de molduras y adornos de mal gusto, tomados del Oriente; que en la de Teodosio el Grande se distinguió por la cantidad y magnitud de las masas, sin ninguna ornamentacion; y en la de Justiniano por un retroceso á la época de Diocleciano, perfeccionando ese género el genio de Isidoro de Mileto, cuya obra más acabada, que cierra el arte greco-romano y comienza el *bizantino*, fué el célebre templo de Santa Sofía, modelo al que se han ajustado los que han construido iglesias en forma de cruz griega, y que, por falta de libertad y estímulo, se sostuvo poco tiempo el impulso que le comunicara Justiniano. Por lo demas, si en Occidente destruyeron los Bárbaros parte de los monumentos artísticos, si el clero contribuyó tambien á esa obra de destruccion, por odio al paganismo, fué mucha mayor la persecucion del arte antiguo

en el imperio de Oriente, á causa de que consistiendo gran parte de la resistencia de los Griegos y de los Romanos á abandonar su religion, en la veneracion que tributaban á los dioses y sus templos por su belleza material, y por el recuerdo de haber sido cantadas sus divinidades por Homero y Virgilio, no encontraron los obispos otro medio de vencer tal tenacidad que el de abatir eso mismo que mantenía viva su fe. La voz elocuente del sofista Libanio, implorando piedad para sus monumentos, fué tan inútil como la de Simaco abogando en el senado romano por la conservacion del altar á la diosa Victoria. Con el triunfo de la religion cristiana en Oriente se transformó pues el arte, y sus obras, como en Occidente, fueron tambien, por lo general, consagradas á fines piadosos.

No ménos tuvieron los Arabes en Oriente su dia rico y lleno de vida como las poéticas regiones en que moraban, cuna de la civilizacion del mundo. Asia, Africa y España fueron por ellos los centros del movimiento intelectual, literario y artistico en los siglos IX y X. Poblaciones que tal vez llamamos nosotros bárbaras se agitaban por la numerosa concurrencia de jóvenes y ancianos, que acudian aquellos á las universidades, éstos á las academias. Los califas imponian como tributo á los Césares del Bajo Imperio, no oro, sino manuscritos del Pórtico y del Liceo. Leon X y Luis XIV podrán haber fomentado los estudios con tanto empeño y magnificencia; con mayor, nunca. Mas todo este desarrollo de ciencia fué tambien efimero, pasajero. No crearon ningun sistema filosófico, tradujeron y comentaron sólo el de Aristóteles. Sus progresos en geografia fueron

notables, en historia no tanto. La poesía, original, sencilla y fantástica al principio, se hizo luégo erudita y cortesana, rica en palabras, sonora y cadenciosa en el ritmo, pobre en los conceptos y en el sentimiento. Si la invencion de los signos algebráicos les pertenece, ésta fué su originalidad, no pequeña ciertamente, por ser la base de los conocimientos matemáticos de los tiempos posteriores. Su arquitectura nació de la cristiano-romana, pero se hizo luégo original por la forma de los arcos, por la ligereza, elevacion y esbeltez de las columnas, y por los adornos de flores y líneas geométricas entrelazadas (arabescos). No se dedicaron á la estatuaria y á la pintura por ser artes propensas á la idolatría; pero, en cambio, la música fué muy cultivada, habiéndose fundado en el siglo IX en Córdoba una escuela, de donde salieron los más célebres músicos de aquellos tiempos.

Desarrollo
material.

Lo significado por las palabras *desarrollo material*, objeto en el presente siglo de los mayores desvelos por parte de los gobiernos, del interes más vivo por la de los políticos, de un estudio asídúo por la de los economistas y los filósofos, no olvidado por ningun historiador que aspire hoy á merecer tal nombre, y preocupacion fija, continua, de todas las clases, por creerse que de su solucion depende el bienestar de los ménos acomodados, y el porvenir tranquilo de la sociedad humana, apénas llamaba la atencion en este período de la historia de los tiempos medios. Tan escasas eran las necesidades de los Bárbaros, tan por tierra echaban la ocupacion del trabajo, tan en poco era tenido este mundo, y por

tan ruin y contrario á la salvacion del alma el cuidar del cuerpo, que jamás habria venido en mentes á los cronistas la idea de apuntar cómo y por qué medios se alimentaban, cubrian y albergaban los hombres de su época. Hubieran tenido á men-gua el decirlo: hubiera sido como caso de conciencia el intentarlo. Hay ciertamente algo de noble y ge-neroso en esta manera descuidada de considerar la vida, en este menosprecio de lo que es terrenal y caduco. Mas semejante desprendimiento, loable siempre en toda alma que aspira á mayor perfeccion cristiana, no es aplicable, en general, al hombre, que ni es tan espiritual como los ángeles, ni tan animal como las bestias; pero que tal como ha sido y es, espiritual y corpóreo, con su poesía y su prosa, con sus aires de señor y su condicion de plebeyo, con sus arranques de héroe y sus descaimientos de villano, con sus aspiraciones á la virtud y su inclinacion al vicio, tal y de la misma manera debe ser dirigido en la vida y retratado en la historia, para aviso de los que á fuerza de quererlo espiritualizar, lo desnaturalizan, y para escarmiento de los que por demasiado materializarlo, lo embrutecen.

Escasas son por tanto las noticias que de tales siglos puede suministrar el historiador. El practicar la agricultura los esclavos desde los últimos tiempos de la república romana, los gravámenes que pesaron sobre la propiedad al finalizar el imperio, las invasiones y guerras que se siguieron, así como los rumores que de vez en cuando corrian de acabarse el mundo, trajeron el Occidente á una gran despo-blacion y á la ruina del cultivo. Harto se sabe que el interes, aumentando el estímulo al trabajo, au-

menta los productos, esto es, el bienestar del trabajador, el cual multiplicándose en sus hijos contribuye á que mejoren los campos, por el mayor número de brazos empleados en su laboreo. Mas en la primera época de los Bárbaros es desconocido el hecho económico de producir más de lo que se necesita para cambiarlo por otros objetos de que se carece, y no exigiéndose de la tierra sino lo preciso para no perecer, una guerra ó una mala cosecha traian consigo *hambres* y *epidemias* con tal frecuencia y con una miseria tan haraposa y pestífera, que horrorizan las descripciones de los historiadores. ¿Cómo no habia de suceder eso mismo, cuando nadie estaba seguro de recoger el fruto que sembraba, cuando durante años y años todo cambiaba sin cesar?

En el siglo V de la era cristiana, presentaba cuasi el mismo aspecto de abandono é incultura, la tierra, que ocho siglos ántes, cuando la Europa estaba ocupada por tribus nómadas y medio salvajes. Pero á medida que los Germanos se fueron asentando y gobernando, nació la propiedad alodial, libre de tributo y renta, mejoró la condicion del siervo del terruño, y comenzaron á animarse las campiñas. Gran impulso recibió de Carlomagno la agricultura, obligando á que se pagase el diezmo, al parecer ya establecido, é interesando al clero á que aconsejase el trabajo de la tierra á fin de que su producto fuese cada vez mayor. Profundizando un poco más en la historia de esos tiempos, por entre la ruinosa administracion romana, y á vueltas de los trastornos y guerras de los pueblos setentrionales, se ven despuntar ademas dos hechos de una fuerza inmensa

para el desarrollo de la riqueza agrícola. Uno de ellos es el de que, acostumbrados los Bárbaros á vivir en campos abiertos y en medio de los bosques donde pastar sus ganados y satisfacer su pasión por la caza, al fijarse en el imperio, que prefería las ciudades á las campiñas, son escogidas éstas para su morada, datando desde entónces, ó el principio ó la extensión de las poblaciones rurales, poco conocidas de los romanos. Es el otro que, coincidiendo el origen ó crecimiento de la vida monástica en Occidente con la conversión de esos pueblos al catolicismo, y buscando los monjes para establecerse sitios apartados é incultos, de terreno quebrado y á veces pantanoso, el edificar allí, desbrozar el terreno, sanearlo, hacer roturaciones y fundar lugares en derredor, contribuyó poderosísimamente al aumento de la población, y á que naciese el laboreo donde nunca se había conocido.

Si tan atrasada andaba la agricultura, júzguese lo que sería la industria, cuando se cuenta de Alfredo el Grande, que, á falta de relojes, media el tiempo consumiendo velas de igual tamaño, y que habiéndose perdido el arte de fabricar el vidrio, mandó hacer faroles de cuerno. Y dedúzcase lo que sería el comercio por la falta de industria y de medios de comunicación, por la inseguridad en los caminos y por la multitud de tributos y gabelas con que, tanto reyes como señores, atentos sólo á su propio interés y sin ninguna idea de riqueza pública, conspiraban, sin saberlo, á destruir más bien que á proteger, conociéndose tales exacciones con nombres tan bárbaros como los siguientes: *exclusaticum*, *decimum*, *barganaticum*, *foraticum*, *rotaticum*, *ponta-*

ticum, portaticum, salutaticum, cespitaticum, pulveraticum, mutaticum, rivaticum, laudaticum, trannaticum y otros.

Elaborados los productos industriales ántes de las invasiones en el recinto de las ciudades y al amparo de los municipios, destruidas ó empobrecidas las unas y casi arruinados los otros, puede decirse que desaparecieron aquellos durante algun tiempo, porque el hombre aguanta mejor la necesidad de cubrirse que la de alimentarse, y porque para el ejercicio de la industria no es tan ayudado por la naturaleza como para el de la agricultura. Lo único que ocurría á los gobiernos de entónces para fomentar la produccion y el comercio era establecer ferias en los puntos donde existia algun santuario de gran celebridad. Mucho se cuidaron de esto Pipino y su hijo Carlomagno, invitando á los Avaros, Sajones y Slavos á concurrir á la feria establecida por Dagoberto en San Dionisio, cerca de Paris.

Pero cuando el historiador se hace cargo de las leyes suntuarias que publicó Carlomagno en sus Capitulares, y cuando recapacita que prohibió toda especulacion sobre géneros alimenticios, que señaló un *máximum* al precio de los cereales, que prohibió, de acuerdo con la Iglesia, el préstamo á intereses y que no disminuyó ninguna de las trabas que agarrotaban el libre tráfico, duda si la invitacion á concurrir á las ferias tenia por objeto más bien explotar al feriante que proteger su industria, y si el pensamiento de juntar el Rhin y el Danubio para poner en comunicacion el Occéano y el mar Negro, lo concibió con la mira de favorecer el comercio ó con la de facilitarse la conquista de los Avaros y Slavos.

Como quiera que ello fuese, ni son de despreciar estos primeros ensayos reuniendo á productores y tratantes en públicos mercados, ni debe olvidarse que las correrías, por tierra, de los Normandos, pusieron al Norte de Europa en comunicacion más inmediata con el Mediodía; que arrojándose aquellos á pasar el estrecho de Gibraltar se empezó á comerciar con ménos miedo entre el Occéano y el Mediterráneo; y que llegando hasta la Groenlandia, extendieron los conocimientos geográficos, haciendo saber á unos pueblos la existencia de los otros. Por último, era ejercido ya el comercio del Mediterráneo al fin de este período por las ciudades italianas, habiendo alcanzado Venecia á fines del siglo X privilegios comerciales en Constantinopla; y eran puntos importantes para este fin en el Norte, Lubek, Brema, Colonia y Amberes, á donde era llevada la industria que comenzaban á producir algunas ciudades de los Países Bajos.

— Indudablemente, la vida moral de un pueblo puede decaer, y sin embargo, continuar desarrollándose y prosperando la material. Tal sucedió en el imperio de Bizancio. La moralidad del hombre y de la sociedad, fué bien inferior á la cultura de lo que se entiende por las comodidades de la vida; porque durante lo ménos cuatro siglos, el deseo de gozar y la exageracion del lujo en Constantinopla, aguzaron tanto los ingenios, que unas veces de intento, otras por casualidad se enriqueció el Oriente en esa época, con gran parte de los descubrimientos conocidos. No es posible valuar el consumo de la seda en el reinado de Justiniano, ni ponderar su carestía: lo que sí puede decirse es que esta necesidad

contribuyó á la introduccion en el imperio del gusano que produce esa materia, pasando á Europa y promoviéndose el cultivo y fabricacion de tan importante artículo en Constantinopla, Corinto y Atenas. A este tenor y por la misma causa se descubren en el siglo VI las bombas hidráulicas para la elevacion del agua, y el areómetro para conocer el peso específico de los líquidos; la roca se transforma en vidrio, y se introduce el uso de las pieles y de los estribos. Los relojes de arena y, segun algunos, los primeros ensayos de un reló de ruedas, son de fines del siglo X. Pertenecen á este período la introduccion de los números arábigos, el canto reducido á un sistema de notas musicales, los molinos y las ferias. Por último, á las membranas del papiro, á las tablas enceradas y al pergamino, vino á sustituir en el siglo VIII el papel de algodón, ó inventado por los Arabes ó traído por ellos de la China. Aprovechóse entónces el Oriente, más que el Occidente, de todos esos inventos, los cuales, si daban mucho brillo y apariencia exterior de grandeza al imperio, realmente lo empobrecian, porque no enriquece ni da grandeza lo que regalando el cuerpo, mata al espíritu, sino lo que alimentando á aquel, ayuda á desarrollar en éste sus fuerzas y facultades viriles, para pensar en la idea, ejecutarla por el trabajo y disfrutarla en la paz que proporciona el atractivo de las virtudes; para vivir, en suma, con la energía del que cree en el destino humano y en su libertad para cumplirlo. Dedúcese de lo dicho, que si no prosperaron más en Oriente la agricultura, el comercio y la industria, no fué debido á los trastornos por que pasó el Occidente,

sino al desequilibrio de las fuerzas sociales, y al desorden económico que agravó el mismo Justiniano de una manera hoy incomprensible. Su gobierno absoluto exigía para que el pueblo de Constantinopla viviera quietamente, que se le repartiesen de vez en cuando, como se hacía en Roma, los artículos alimenticios de primera necesidad. El estado estancaba al efecto todos estos artículos para la vida, debiendo pagar en especie las provincias sus contribuciones, y viéndose obligados los particulares á comprar en los almacenes del gobierno, que fijaba el precio de lo que vendía, á su antojo. Era el socialismo practicado por el imperio, pues monopolizando lo más necesario para vivir, se encargaba de mantener la capital, empobreciendo las provincias. Duró semejante orden de cosas hasta las Cruzadas, en cuyo tiempo el Oriente se puso en relaciones industriales y de comercio con el Occidente, siendo la plaza principal para el tráfico Alejandría. — No se olvide según va dicho, que del siglo VIII al X fueron los Arabes, en Asia y en Europa, los que estuvieron al frente de los demás pueblos, pero con una superioridad inmensa, en lo relativo al desarrollo de la agricultura, del comercio y de la industria.

De la manera que se estudia hoy la historia, aspira, no sólo á ser verídica y real, sino moral. Y tanto para ser esto último, cuanto para que de su exposicion doctrinal saquen algun provecho los que la lean, no basta recoger y apuntar secamente los hechos; reunirlos, combinarlos y deducir de ellos máximas y enseñanzas tan oportunas como atinadas,

Carácter
moral
de
la sociedad
en
este período.

es lo que más importa, y lo que compete á las ciencias históricas, ayudadas de la filosofía. Además de los diferentes fines apuntados en este libro, propios del hombre y que proseguidos por él con perseverancia desarrollan su vida y la llenan, hay otro que es el moral, único que por medio de la virtud lo armoniza todo en el hombre, abrazando la salud en el espíritu, é influyendo en la del cuerpo, hasta constituir el temperamento vigoroso expresado en el con sabido proverbio de *mens sana in corpore sano*: el único que, cuando la virtud es tan varonil que llega á determinarse en hábito moral, sostiene el concurso de todas las fuerzas y vence todas las resistencias, por aspirar constante hácia el bien, y por el bien mismo.

Si por eso que se llama conocimiento del mundo, observa el hombre de experiencia que la historia es una serie de estados mudables, sucesivos de unos en otros y distintos entre sí, mediante cuyo desenvolvimiento va realizándose progresivamente la perfeccion relativa á que es dado llegar á la humanidad en el tiempo; si todo esto, por lo mismo que muda, cambia y pasa, le enseña á no confiar demasiado en la accidentalidad histórica, sino en lo que hay de permanente y eterno en las cosas; á no presumir con exceso de su idea y anhelo por el bien, ni de los medios, quizá poderosos, de su siglo para realizarlo, sino á esperar que la buena obra se haga por todos, sin impacientarse por la tardanza en el éxito, sin descorazonarse nunca, no parándose, no retrocediendo, sino avanzando siempre con aquella creencia que nace de la fe en el destino humano, de la confianza en sus propias fuerzas y en el con-

curso de la Providencia, entónces se han echado los cimientos del órden moral en la historia. Ciertamente que es ménos difícil narrar los hechos que indagar y mostrar hasta qué punto son puros los motivos del agente histórico, porque aquellos son sensibles, no así éstos: á no dudar, que es mucho más difícil aun distinguir el carácter moral de un pueblo que el de un individuo; pero como quiera que para que el hecho sea vivo ha de ser motivado, no hay manera de que el historiador prescinda hoy de esa ley exigida como nunca, cuidando de no atribuir al sugeto motivos que no ha tenido, y sin olvidar la forma de gobierno, la educacion, el tiempo, las ideas del siglo y la psicologia, digámoslo así, del que realiza un hecho. Aplicando las consideraciones enunciadas á la historia, puede establecerse como principio: que el carácter moral se encuentra rebajado en los pueblos bárbaros por incultura; que en los civilizados se rebaja por falta de libertad moral: que en aquellos se eleva mediante la educacion, y en éstos por la energía que comunica al hombre en los pueblos libres la responsabilidad inmediata de cada individuo por sus actos.

Un gran cuadro de costumbres, representando las de los Bárbaros en el período que acaba de historiarse, en que se divisasen, á lo léjos, las asolaciones, incendios y pillaje de los Vándalos, las usurpaciones, regicidios y estragamiento de los Visigodos, los asesinatos de Boecio y Simaco por el gran rey ostrogodo, Teodorico; y en cuyo fondo resaltarán como figuras principales Clodoveo dando muerte alevosa y traidora á todos sus parientes, entre ellos á los reyes de Teruana, Cambray y otros, leván-

tando iglesias y monasterios al mismo tiempo; su mujer Santa Clotilde, ántes de su arrepentimiento, haciendo que sus hijos vengasen la muerte dada á su padre por Gundebaldo, rey de Borgoña, ya hacia treinta años; el degüello de algunos de los nietos de Clotilde en su mismo regazo, por los tíos de aquellos; las venganzas horribles de Brunequilda y Fredegunda, hechas con una premeditacion siniestra, de las más brutales y sanguinarias que ofrecen los siglos cristianos; y por fin el degüello y total exterminio de los Bretones por los Anglo-sajones, no como una lucha entre Bárbaros, sino entre salvajes; un cuadro de tan colosales dimensiones seria á todas veras histórico, exacto, mas no seria cabal, ni con mucho. Habria de completarse con hechos de igual naturaleza acaecidos entre gentes, no bárbaras, sino cultas, de ese mismo tiempo.

Desde el primer cisma romano entre el papa Cornelio y el presbítero Novaciano, fueron turbadas con frecuencia las elecciones de los Pontífices. En la eleccion del papa San Dámaso, dentro del templo de Santa María la Mayor, donde se hizo fuerte su competidor Ursicino, hubo ciento treinta muertos por los sitiadores. Produjeron tanto escándalo el tumulto, la guerra civil y los homicidios que se cometieron en la eleccion del papa Símaco, que no pudo cortarse el desórden sino acudiendo el arriano Teodorico á apaciguarlo. Nada, quizá, es tan doloroso y tan impropio, diríase, si no se tratara de quien ha llevado el título de vicario de Jesucristo, como el acto de desenterrar el papa Estéban VI á Formoso, hacerle cortar la cabeza y los tres dedos con que habia dado la bendicion papal, y arrojar su cadáver

al Tiber. Apoderándose la facción de Formoso de Estéban, lo hizo morir sofocado en garrote por mano del verdugo.

La profesion de mansedumbre evangélica de los sucesores de los apóstoles, no impidió que armados gran número de ellos y convertidos en guerreros, manchasen con sangre humana las manos consagradas con los misterios divinos. Ni el respeto á los votos monásticos detuvo al orgulloso Hincmaro de Reims, para que no fuese públicamente azotado por su mandato el monje Gotescalco, á causa de sus errores contra la fe. Ni la consideracion al sexo, ni el respeto al pudor, fueron tampoco parte á impedir que Odon, arzobispo de Cantorbery, se apoderase de Elgiba, manceba, y segun algunos esposa, del rey Eduy, en grado prohibido, le desfigurase el rostro con un hierro candente, y por último, le mandase cortar las corvas, muriendo en la agonía más lastimosa. Agréguese á éstos los actos de persecucion política y religiosa del imperio de Oriente, llevando el refinamiento de la tortura y la deshonra hasta desorejar, desnarigar, cegar y mutilar, no ciertamente con la idea cristiana de enmendar al culpable, sino con la inhumana de conservar le la vida para que penase; no con la de satisfacer la justicia pública, sino la venganza privada; y si no acabado, resultará el cuadro por lo ménos más completo.

Porque si, todavía, con el fin de dar más realce á estas figuras, si, para sombrearlas con el colorido propio del tiempo, se quisiera añadirles los atributos de la ignorancia y del vicio que afearon y hoy hacen tan poco envidiable semejante sociedad, debería representarse la veneracion de las reliquias

y de los santos degenerando en supersticiones tan groseras como la magia, el sortilegio, la adivinacion nombrada suerte de los santos, las pruebas llamadas el juicio de Dios por el agua, por el fuego ó por el combate, así como la astrología, cuyas predicciones se creían principalmente en lo relativo á los efectos pavorosos de eclipses y cometas. Hacia el año 950, un impetuoso huracan sentido en París y sus cercanías, y que asoló los sembrados, arrancó los viñedos y destruyó antiguos edificios, fué tomado por un ejército de demonios. No condena el cristianismo el ejercicio de la caza; mas reprueba el abuso de toda diversion que debilita la sensibilidad del hombre, y lo acostumbra á la efusion de sangre y á la vista de la muerte violenta. Eso no obstante, como Diana habia sido la diosa de los cazadores en la antigüedad, así San Huberto fué su patron en la Edad media, y abogado ademas contra la hidrofobia, con lo que los monjes de la abadía de Aindain adquirieron inmensas riquezas. Miéntas, de los Sarracenos, unos se apoderaban de Tauromenia, la última plaza de Sicilia, y otros saqueaban la isla de Lemnos y llevaban cautiva una gran parte de la poblacion, ocupábase la escuadra bizantina en levantar un monasterio para eunucos, á donde Leon el filósofo pensaba trasladar las reliquias de Santa María Magdalena. No hay emperador griego que suba al trono ó baje dél sin presagio ó predicciones. Siempre hay algun monje en una isla, famoso por la austeridad de su vida, que promete el imperio á un soldado, y el nuevo emperador lo hace obispo de una silla principal. Si alguna palabra más pudiera añadirse á lo dicho en todo el libro acerca de

la relajacion de costumbres en el Bajo imperio, seria, que si se representase en una figura sensible, su aspecto nos causaria tanta repulsion, que instintivamente apartaríamos de ella la vista con indignacion y con horror.

La desmoralizacion de los Bárbaros en Occidente fué ocasionada por la vehemencia y arrebatos de pasiones no contenidas por ningun respeto ni consideracion. En tiempos tan calamitosos, ni aun en las personas de más elevada gerarquía imperaba las más de las veces, la razon sobre la sensualidad. Los hijos de príncipes se insubordinaban contra sus padres, y las princesas se dejaban robar de los vasallos. Las hijas de Carlomagno, la de Cárlos el Calvo y la de su hermano Lotario, empañaron el lustre de su alto nacimiento. Tan adentro penetró la corrupcion donde nunca debió tener entrada, que los altos dignatarios de la Iglesia, dice un historiador católico, fueron durante el siglo IX y primera mitad del X, más bien príncipes mundanos, que pastores de almas y pontífices vigilantes puestos para guardar la Iglesia de Dios. Es una tradicion enteramente apócrifa, rechazada hoy hasta por los mismos protestantes, la de una *Papisa* llamada Juana, que disfrazada de hombre, se ha supuesto que ocupó algunos años la silla pontificia, con el nombre de Juan VIII, concluyendo de una manera trágica. Pero no es del todo inverosímil que se quisiese personificar en esta invencion la inmoralidad de los Romanos, como aparece igualmente cierto que la incontinencia de los clérigos, los saqueos y violencias de los legos y la simonia de los unos y de los otros, contaminaban por do quiera la sociedad. Tal es el

cuadro que podria pintarse de los siglos bárbaros, en la conducta privada de los más de sus individuos.

No apareciera sin embargo tan deforme, si, en general, las costumbres hubieran obedecido á otro impulso y seguido otra corriente. Mas no es posible que se dé un fenómeno de tal naturaleza. Correspondieron, por tanto los espectáculos públicos á lo que era la vida privada, si es que cuando todo estaba en embrion y formándose, cabe dar ese nombre á algunos usos ó estilos peculiares más bien de una clase, que del pueblo en general.

Puede reputarse en efecto, como una costumbre en este primer período, la caza, el más agradable divertimento de los pueblos bárbaros. Nada más natural en tiempos en que la ocupacion ordinaria de los hombres era la guerra. Careciendo de los solaces del espíritu y del atractivo de una sociedad culta, ningun ejercicio podia ser más del gusto de aquellos pueblos, cuyo carácter incivil, pero activo, se avenia tan mal con la fatiga del espíritu, cuanto con el reposo del cuerpo. Mas tal ejercicio era privativo de los príncipes y de los nobles, una vez que todos los jurisconsultos están de acuerdo en afirmar que el derecho civil de cada nacion estableció, cuál más, cuál ménos, restricciones á la libertad de la caza. No se halla memoria de ninguna otra diversion aparatosa que mereciese el nombre de espectáculo público. Sin derecho ni representacion en el orden civil, no tenia el pueblo otro recreo que el descanso. Si en los dias festivos se daba á la carrera, al salto y á la lucha, era porque, guerrero tambien como sus señores, desconocia las diversio-

nes sedentarias, y se complacia en ostentar sus fuerzas por la accion y el movimiento.

Era otra de las costumbres generales, el ir en *romería* á los santuarios de cierta celebridad, en donde despues de satisfacerse el sentimiento religioso, crecia el interes de tales diversiones en proporcion al número de espectadores. Es más que probable, que allí tuviesen origen las danzas populares, cuya forma, pasos y figuras guardaban, sin duda, estrechísima relacion con aquel estado social, segun puede observarse en las de *espadas y romeros*, verosímilmente generalizadas entónces en Europa. Adivínase con facilidad que la primera es de origen guerrero. Refiérese la segunda á las peregrinaciones que vinieron á ser una devocion universal del pueblo, reyes, clero y monjes en esa época. Un rey dejaba su reino años enteros, un obispo su diócesis, un abad ó un monje su monasterio, y hasta las religiosas se ausentaban de los suyos, exponiéndose á todos los peligros de semejantes expediciones. A estos romeros de esclavina, bordon y calabaza, hacen, sin duda, referencia las danzas de su nombre. Con esta usanza, se relacionaba otra no ménos interesante para dar á conocer el espíritu y las creencias de semejantes tiempos. En lo antiguo, los públicos pecadores se encerraban en las diaconías ú otros lugares, cerca de la Iglesia, para vivir allí recogidos, haciendo penitencia. Mas comenzó, en el siglo VIII, á introducirse la costumbre de imponer por penitencia á los mayores pecadores, que se desterrasen de su país natal, y que pasasen algun tiempo en llevar una vida errante, á ejemplo de Cain.

Tales fueron las diversiones profanas y las costumbres religiosas de Europa durante este período. De carácter bárbaro las primeras, y poco edificantes, á veces, las segundas, fueron estas, en concepto de personas autorizadas, una de las causas de la relajación de la disciplina, según se colige de las quejas de varones piadosos del siglo IX y de varias Capitulares de Carlomagno, en las que se prohibió la penitencia vagamunda, y el que con tal pretexto recorriesen los pueblos hombres sospechosos, desharápadados, desnudos y cargados de cadenas. Continuó á pesar de esto la práctica de imponer por penitencia alguna peregrinación, y tal vez un uso tan generalizado contribuyó en gran manera á la realización de las Cruzadas.

Ni por el objeto ó naturaleza del acto, ni por la intención y pureza de motivos en el sujeto, resalta la superioridad moral de esos hechos. Ahora bien, ¿qué grado de responsabilidad cabe á sus ejecutores? El sentimiento del bien se manifiesta desde muy temprano en el pueblo y en el hombre. Mas ántes de desenvolverse merced á una noción clara del deber, y á una voluntad educada para cumplirlo, primero de obrar en virtud de una libertad ejercitada y desenvuelta, necesita pasar por un período, digámoslo así, rudimentario, durante el cual esa voluntad simple, y hasta cierto punto inconscia, madure y se desenvuelva mediante la oposición y lucha de las contrariedades y tentaciones, hasta que un ejercicio constante, una experiencia larga, el buen sentido y la opinión general, ayuden al hombre y al pueblo á formar lo que se llama carácter moral: no tenaz, ni impaciente, sino flexible, entero y circuns-

pecto. Por tales fases pasa la conciencia humana, ese sentido interior, que muestra el bien que debemos hacer y el mal que estamos obligados á evitar, que se revela en todos los hombres al llegar á la edad de la discrecion, y cuyo dictámen es el mismo en todos respecto de la ley natural, considerada en sí misma, pero que no acierta siempre á dirigir nuestros actos concretos, lo cual supone que debe ser educada como toda otra facultad, pues se observa que á medida que se ilustra el sugeto, su fallo sobre los deberes y sus aplicaciones viene á ser más conforme á razon, y concierta más con la íntima voz de su espíritu. De modo, que cuando la conciencia general histórica yerra, no por culpa de unos cuantos sino porque está en el error la sociedad entera, el mal que se hace, se comete de buena fe, en la seguridad de que se obra lo mejor. Tal creían los sacrificadores de víctimas humanas en los tiempos antiguos, y los inquisidores de los modernos. Podrán no aprobarse estos y otros hechos de índole semejante; ¿mas deberá condenarse, *en absoluto*, á los que fueron de ellos causa y aun á los que los aplaudieron? ¿Les cabe, por ventura, *toda* la responsabilidad de lo que hicieron obrando como obraban en virtud de un impulso recibido de la sociedad en que vivian? ¿Quién sabe, si almas nobles y sensibles no repugnaban las hogueras del Santo Oficio, pero que establecidas en la ley y pedidas por el pueblo, tenían en su pro un peso de autoridad irresistible?

No de otra manera se comprende cómo, en la Edad media, despues de cometer un asesinato las personas que podian conceptuarse más ilustradas,

se presentaban sin remordimiento de ningun género y con la mayor indiferencia, á oír en el tribunal de composicion la multa que debian pagar por el homicidio ejecutado. Tanta era la fuerza de la costumbre en aquellos siglos y hombres, que aunque sus sentimientos religiosos les hacian á menudo deplorar sus propios estravíos, ni una sola vez siquiera se consideraban criminales miéntras no infringieran las leyes de lo que llamaban «pundonor, honra». No es posible negar la veracidad de Gregorio de Tours en los hechos que refiere, ni dejar de creerle sincero cuando se lamenta de tantos crímenes y desórdenes como ve, y aun con todo eso, no su adulacion, sino la poca claridad con que su conciencia le presenta la idea del deber, en casos determinados, le hace decir del más criminal quizá de los reyes bárbaros, sólo porque ha fundado algunas instituciones piadosas en expiacion de la sangre por él derramada: «...así diariamente hacia Dios caer á » los enemigos bajo la mano de Clodoveo, y aumen- » taba su reino, porque caminaba con su corazon de- » lante del Señor, y hacia las cosas que á sus ojos » son agradables». Cuando Fredegunda enviaba á los sicarios de sus venganzas, les decia: «Id: si » volveis, os honraré admirablemente; si sucumbís, » haré grandes limosnas á las tumbas de los santos » por vosotros». Por último, sólo discurriendo de esta manera se comprende el que hombres piadosos usurpen los nombres de los Santos Padres para ser mejor escuchados, que otros compongan leyendas de su invencion, para leer cuando faltaban las de algun mártir en el dia de su fiesta, y que otros falsifiquen decretales y donaciones, todo con la mira

de avivar la fe y de conservar la piedad de los pueblos.

Nadie lo pone en duda: las ciencias, las letras humanas, las bellas artes y el trato social son elementos que contribuyen á engrandecer moralmente una sociedad. Las ciencias, porque nos mueven á aclarar su conocimiento, á fundarlo en la verdad, dán-donos el amor á la vida, principios seguros de conducta, la paz del ánimo, firmeza de voluntad, la salud y belleza del cuerpo: las letras humanas, porque al ponernos en íntima comunicacion con la docta y venerable antigüedad, encanta, y eleva su gusto clásico, la elegancia de su estilo, su frase llena, sonora, rotunda y cadenciosa; admiramos lo sublime, dulce y melancólico de su inspirada poesía, ora con la pintura de las encontradas aspiraciones del hombre luchando con el destino, ora con la de la calma y dignidad con que sus sabios soportaban los infortunios, y enseñándonos al ménos que los sentimientos y pasiones que hoy agitan al alma humana, son los mismos que la hicieron palpitar entónces, por lo que reconociéndonos formados de la misma naturaleza que ellos, exclamamos involuntariamente: «Yo tambien soy hombre»: elevan el sentimiento moral, las artes liberales, porque siendo perfecto, hasta cierto punto, todo lo que en su límite y género es semejante á Dios, traen á la tierra, cual Prometeo, un rayo de la belleza infinita, y nos hace sentir vivamente la presencia de Dios en nuestro espíritu: y el trato social, en fin, porque juntando á los hombres en un centro comun, los provoca á mútuas y frecuentes relaciones, en las que abriendo su corazon á una secreta simpatía y á un cambio recíproco de

afectos, atenciones y servicios, favorecen la consecucion de sus respectivos fines, muestran sus buenas prendas, y con ellas el fruto sazonado de su educacion.

Mas donde era tan crasa la ignorancia, que Carlomagno se creyó en la necesidad de mandar componer un *Homiliario*, por el que predicasen algo á sus feligreses los párrocos; en una edad en que no sólo San Gregorio el Magno, sino aun el mismo Alcuino desaconsejaban la explicacion de Virgilio en las escuelas eclesiásticas; en que el sér humano que ayuda más á promover los sentimientos nobles y tiernos del arte, la mujer, ni era, en rigor, persona civil, ni casi estaba considerada como igual al varon en naturaleza; y no reposaba sino confundida y humillada con los siervos del terruño en la estrechez de un cobertizo, por señores nada delicados y poco escrupulosos en lo que concierne al pudor, era imposible que se elevase el sentido moral. Así como en el nido se forma la cria del ave, así sólo en el hogar doméstico se educa y moraliza la familia humana. Ni aquel existia para la generalidad, ni el sublime y divino ideal de la Virgen Madre que tanto habia de contribuir al engrandecimiento de la vida, se comprendia lo bastante para que á su imitacion naciese la verdadera mujer cristiana. Por último, ni el arte ceñido todavía á la satisfaccion de las necesidades inmediatas, sin alzarse á la libre concepcion y representacion de la fantasía, ni el trato social que se revela muy particularmente en la tolerancia con hombres de distinta religion y raza, y en las relaciones corteses y respetuosas de los dos sexos, algo desarrolladas ya entre Arabes y Españo-

les, merced á su carácter caballeresco, nada de todo esto era capaz de elevar ni de sostener en este período el carácter moral en individuos ni en pueblos.

No se encontraba, sin embargo, destituida esa sociedad de toda idea de bien, ni dejaba de haber en ella principios y hombres que levantasen el espíritu, de lo terrenal de las cosas humanas, á la contemplacion de las divinas. No hay hombre ni pueblo en completo demérito, tal que no obre en alguna esfera de la vida con buen fin y con pureza de motivos, porque otra cosa es imposible. Cuando este caso, desgraciadamente, llega, se suicidan. La doctrina cristiana y la Iglesia, su fiel depositaria, las instituciones monásticas y de caridad, que nacieron á su sombra, y los esforzados varones que consagraron su vida á salvar la de los demas con una libertad de espíritu sorprendente, contribuyeron al renacimiento espiritual de la sociedad cuando de ella se apoderaron los Bárbaros.

Todo lo humano, por sábia y vigorosamente que se establezca y principie á vivir, no puede dejar de viciarse con el tiempo, que gasta los más robustos temperamentos y debilita las instituciones que un dia nuestra insipiencia pudo creer eternamente perpétuas. La caducidad de las cosas, unida á la tendencia permanente del hombre á progresar y perfeccionarse, están produciendo constantemente semejante fenómeno. Con todo eso, ninguna sociedad pereceria, cuando llega el extremo de su decaimiento, si contase con otros elementos de vida pura y vigorosa capaces de infundirle nueva sávia para rejuvenecerla. Porque no es lo peor para una sociedad que decline del bien y se corrompa, dado

que la condicion del hombre es flaca y tiende de suyo á bajarse; lo peor es que al verificarse el descenso no se tengan á la mano medios eficaces para levantarla del cenagal del vicio á la pureza de la virtud. Pero abrazando los Bárbaros la religion de Jesucristo, pudieron fundar la sociedad que hasta hoy subsiste, y á la vez regenerarse. Y aunque al principio, por no comprender su espíritu, la practicasen ruda y supersticiosamente, entraña tal fuerza la verdad y son tan vivos los resplandores de su luz, que constituida la Iglesia en institutriz y maestra de los Bárbaros, venció las resistencias y apetitos de su índole no pervertida, sino fiera é inculta, en una palabra.

Los vicios que más pronto enflaquecen y corrompen á los pueblos, y de los que los demas provienen, dice la divina Sabiduría que son «la concupiscencia de la carne, ó la sensualidad, la concupiscencia de los ojos, ó las riquezas, y la soberbia de la vida, ó la ambicion». Si al ponerse en contacto los Bárbaros con el imperio, y al contraer, sobre sus propios vicios, éstos que eran los característicos de la civilizacion romana, no hubiera sido el cristianismo el que los iba á disciplinar, enfrenando sus aviesos instintos, sino el paganismo ó el mahometismo, es seguro que ántes de fundar nada permanente se hubieran enervado y pervertido, como sucedia á los pueblos nómadas del Asia, los que, cayendo unos en pos de otros sobre los imperios Asirio y Babilónico, tan pronto como se asentaban en ellos, los embrutecian los placeres, y desaparecian. Mas la severidad de las costumbres cristianas preservó á los Bárbaros de tal corrupcion,

y unas veces amenazándolos la Iglesia con las penas eternas, otras consolándolos con la esperanza de la inmortalidad, ya afeándoles sus vicios, ya edificándolos con su virtud, logró que fuesen penetrando en su vida tres bases contrapuestas á aquellos vicios, y alcanzó por este medio fundar el orden público á la vez que el moral: la santidad del matrimonio, la caridad y la humildad: la primera, prescribiendo la unidad é indisolubilidad de la union conyugal, aunque honrando la virginidad como estado de mayor virtud y perfeccion, recomendando á la mujer la obediencia al marido, y encargando á éste que la considerase, no como esclava, sino como compañera; la segunda, creando numerosas instituciones benéficas, como hospitales para pobres enfermos, hospederías para peregrinos, asilos y casas de recogimiento para expósitos y ancianos, y realizando en la medida que era entónces posible el dogma de la fraternidad, mejorando la condicion del siervo y emancipando al esclavo: la tercera, mostrando á los Bárbaros en la doctrina de la Cruz la nonada de las grandezas terrenales, y haciéndolos considerar de igual valor ante Dios el señor que el esclavo, á fin de que la soberbia fuese vencida por la humildad. No fué esto solo: enseñar la renuncia, á veces, de las cosas propias, por el bien de los demas, é inclinar á los hombres al respeto á la autoridad y á la ley, constituyó un nuevo elemento de moralidad aplicado á lo que era más urgente entónces, á la consagracion de un derecho comun, haciendo prevalecer el principio de que el crimen no era sólo una ofensa personal, sino la violacion de un mandamiento divino y la perturbacion del orden so-

cial, debiendo someterse á penitencia el delincuente, no tanto, quizá, con el fin de satisfacer meramente á una necesidad del derecho, cuanto con la de traerlo á verdadero arrepentimiento, el cual, una vez conseguido, lo rehabilitaba, cuando no ante la sociedad, por lo ménos ante Dios y para con la Iglesia.

Y, fuera de lo que contribuian á engrandecer el sentimiento moral los ejemplos de virtud que daban los monjes consagrados á la vida contemplativa, á la vez que activa, habíalos entre ellos dotados de un espíritu apostólico, de tan poderosa energía, y de un amor tan entrañable á la justicia y á la desgracia, que arrostraban la ira de los poderosos, oponiéndose á cara descubierta á sus vicios y tropelías. De suerte que si, al pronto, cayó la semilla del Evangelio entre espinas, no quedó sofocada, sino que maduró y «llevó frutos en paciencia».

Tan difícil es, sin embargo, penetrarse de esta verdad, por ocultarse entre tantas fábulas y mentiras históricas, y por no distinguirse la virtud entre tantos crímenes y barbarie, que á muchos les parece que la sociedad siguió lo mismo despues que ántes del cristianismo, despues que ántes de los Bárbaros, negando con esto los diferentes renacimientos en la historia. Consiste semejante decepcion en creer que, en seguida de admitido un principio como bueno y absolutamente necesario, habrá de dar resultados instantáneos, tan generales y completos que sea evidentemente tangible el perfeccionamiento social. Mas al discurrir de este modo, no se tiene presente que el hombre no recibe, en su estado natural, las ideas por inspiracion y ciencia infusa, sino

que se despiertan en él por la educación, que obra siempre en conformidad con las aptitudes de cada individuo, raza ó pueblo. Son las doctrinas, aún las reveladas, como las semillas naturales. A la manera que éstas no nacen, crecen y fructifican con sólo arrojarlas sobre la tierra, sino que es preciso, después de bien preparado el suelo, que la atmósfera lo fecundice con sus metéoros, y el hombre con el sudor de su rostro; así aquellas necesitan naturalezas dóciles y abiertas á toda influencia generosa, la gracia de Dios que las vivifique, y la voluntad humana que, obrando sobre la naturaleza y la gracia, aumente su virtud y crecimiento. A la vez puede decirse que recibieron el divino Evangelio el Oriente y el Occidente. En aquel por culpa de los hombres, no impidió que fuese cayendo, y cayendo primero hasta el cisma y después hasta desaparecer ante el alfanje de los Otomanos; en éste fundó una sociedad y desenvolvió una vida que aun se rigen por sus leyes morales.

Acabariase de comprender lo dicho, así como la marcha continua y progresiva de los siglos, si hubiese bastante firmeza y seguridad de juicio para prescindir de sí mismo el individuo cuando juzga la sociedad en todos los tiempos y pueblos por los que ha pasado. Mas comunmente mide la historia, no objetiva, sino subjetivamente, no por lo que ha sido y es en sí el conjunto de hombres é instituciones que han existido, sino por lo que es con relación al tiempo á que él pertenece, al país en que vive, á la religion y á las leyes que le gobiernan, y á lo que piensa, siente ó le interesa. No reputándose parte, tal vez, imperceptible de la sociedad,

sino centro de ella, la juzga segun que está más ó ménos bien colocado en el puesto que le ha cabido en suerte, para ser á la vez espectador y actor en el gran teatro de la vida humana. Y desde este punto de vista particular, incompleto, parcial y egoísta, al apreciar los hombres y las cosas, se parece al que odia la sociedad porque, siendo pobre, no tiene una parte mayor en sus goces: al que habla mal de su siglo, lo vitupera y lo calumnia, porque no sigue la corriente, quizás, de sus desvaríos: al que niega la medicina porque está enfermo, los consuelos de la religion porque no cree en ellos, ó duda de la virtud de los demas hombres, porque él ha disipado su vida en los placeres. Empresa es, y muy árdua por cierto, olvidar uno este particularismo, para no considerar sino lo comun que puede á todos interesar. A muy pocos es dado remontarse sobre él, y sin acordarse de sí, y prescindiendo de sus propios sufrimientos, motivado, no es difícil, por la ignorancia y la supersticion de su pueblo y por las injusticias sociales de su tiempo, dominarlo todo, y con espíritu imparcial y sereno, con alma magnánima y fortaleza insigne, contemplar lo que en cada época va ganando el hombre, á vueltas de aquello que suele oscurecer su camino y entorpecer su movimiento.

Con sólo considerar que, por entre el caos del primer período de la Edad media, brilla constantemente la luz que convierte á los Bárbaros al catolicismo, nacen la libertad individual y la propiedad alodial, adquiere gran desarrollo la emancipacion del esclavo y mejora la condicion del siervo, comienzan la literatura y el arte cristianos, y se establece la in-

dependencia del poder espiritual; y con no olvidar que de entre la anarquía en que se envuelve la Europa por la tentativa frustrada de conciliar, por medio del imperio, el elemento romano con el germano, asoma la alianza del pontificado con el poder político, la constitucion de las Iglesias particulares unidas á la general, y el feudalismo, en fin, como un sistema social necesario para preparar el camino á la libertad de los municipios y á la formacion de las grandes nacionalidades, se pone de manifiesto la transformacion beneficosa que sufrió la sociedad del siglo V al X de la era cristiana.

Escribiéndose hoy la historia, quizá, con más verdad que nunca, no precisamente por la imparcialidad con que se juzgan los hechos, lo cual es de suyo bastante, sino porque se procura documentar cuanto se narra, seria incompleta ésta si al final de ella no se diesen á conocer las *fuentes* de los hechos relatados, omitiendo el señalar las obras de consulta, cuales son los trabajos publicados sobre esos mismos orígenes históricos, para el tomo siguiente en el que, Dios mediante, habrá de terminarse la Edad media.

Mas cumple decir ántes algo acerca de las leyes del arte histórico, pudiendo establecerse que lo que se cuente y la manera de contarlo han de interesar, no sólo á la razon sino al corazon y al sentimiento, debiendo ser el contenido doctrinal, didáctico y ameno, en términos que instruya, moralice, haga pensar y sentir. Es complemento de esta misma ley referir los hechos *impersonal* y *racionalmente*. Cúmplase lo primero atendiendo al objeto de la historia en sí

Arte
histórico
y
fuentes de la
historia.

mismo, que es exponer los hechos y juzgarlos con tal imparcialidad y elevacion de miras, que no se vea que quien los escribe, toma partido por otra cosa que por la verdad y la virtud. Se satisface á lo segundo, indicando las causas y motivos que han dado origen al hecho, mostrando, á vueltas de lo necesario y casual, como los actores son libres, y les cabe responsabilidad por lo que realizan. Por último, para discernir los hechos falsos de los verdaderos, es indispensable aquella crítica que, caminando entre la facilidad de unos en creer y la obstinacion de otros en negar, elige siempre lo que respectivamente es más verdadero ó se aproxima más á la verdad.

Dos son los elementos de la historia en lo respectivo á la forma: *exposicion* y *estilo*. La primera exige la claridad, que nace principalmente de la bien fundada disposicion de los hechos, colocándolos con tal orden y enlace, que sin perder la continuidad de la narracion, se cuenten á la par los generales, los particulares y los individuales: el segundo ha de ser apropiado á lo que se dice, unas veces animado y enérgico, otras grave y tranquilo, y algunas elevado, sin que caiga en afectacion poética ni declamatoria, manteniéndose llano y natural, tal como es la vida, mas sin degenerar en vulgar y bajo. En suma, unidad, verdad y belleza; tales son las tres cualidades principales del arte histórico.

Muy poco ó nada de lo esencial y formal que requiere la historia, segun acaba de decirse, contiene lo escrito del siglo V al X, sobre todo en Occidente. En su asunto, no abundan los hechos civiles, sino los eclesiásticos, porque estando en manos del clero exclusivamente la historiografía, y al ser-

vicio de la religion, de su propagacion y triunfo, esta clase de sucesos ocupan en ella el principal lugar. Y no contando de los reyes más que sus nacimientos, desposorios y muerte, sus guerras con otros príncipes y sus donaciones piadosas, la alabanza ó la censura se reparten segun su merecimiento hácia la Iglesia. Durante este tiempo, no se escriben propiamente historias, sino anales, crónicas ó cronicones, imitando la forma de los últimos historiadores latinos Lampridio, Vopisco, Eutropio y aun del mismo Amiano Marcelino, sin descripciones geográficas, y donde se apuntan sólo por orden cronológico acontecimientos reales mezclados á veces con cuentos, leyendas ó tradiciones maravillosas; pero sin indagacion, crítica ni juicios. Y aunque las crónicas representaban siempre hechos particulares, siendo los libros historiales del Antiguo Testamento el modelo de los cronistas, todos comenzaban por la creacion del mundo. Las narraciones eran breves, la exposicion poco metódica, oscura y confusa, el estilo vulgar, monótono y pesado, y el lenguaje un latin barbarizado.

Los que con el nombre de historiadores se distinguieron principalmente en Occidente, fueron *Gregorio de Tours*, *Eginhardo*, *Beda* y *Luitprando*. El primero, obispo de Tours y nacido en la Auvernia el año 539, escribió una *Historia eclesiástica de los Francos*, dividida en diez libros. Comienza resumiendo, desde la creacion, la Historia Sagrada, la enlaza con la cristiana, y ésta con la de las Galias en el año 377, continuándola hasta 594. No es propiamente lo que dice su título, sino una mezcla de sucesos eclesiásticos y civiles á la vez, expuestos sin

arte, sin orden y aun sin cronología, y eso no obstante, es la crónica más instructiva, quizá, de su tiempo. Dice Fleury que su menor defecto está en el estilo, pues no se encuentra ni eleccion en los hechos, ni método en las materias, sino una gran confusion de lo eclesiástico con lo civil, deteniéndose en contar frecuentemente pormenores bajos é indignos, y manifestando en todo una nimia credulidad. — Fué su continuador el borgoñon *Fredegario*, que vivió en la primera mitad del siglo VII, habiendo escrito una crónica en cinco libros, comenzando asimismo por la creacion, y siendo en todo inferior al obispo de Tours. — Pero el más distinguido de todos los historiadores de este período es *Eginhardo*, autor de unos *Anales* y de la *Vida de Carlomagno*. En aquellos es un mero cronista de los hechos contemporáneos: en ésta es un biógrafo con cierto estilo literario, con un plan preconcebido, con intencion y sentido políticos, no dejándose llevar gran cosa de la lisonja al príncipe cuya historia escribe, y del que era ademas secretario. — Como todos los monasterios de alguna consideracion tenian entonces *analistas* ó *cronistas* de oficio, en las obras de éstos se hallan las fuentes históricas más socorridas del tiempo. Son notables las crónicas del monje de *San Gall* y de *Rejinon de Prum* entre los Francos; así como las *Fórmulas* del monje *Marculfo* en dos libros, utilísimas para el conocimiento de la historia eclesiástica y de los reyes francos de la primera raza.

Beda el Venerable pertenece á la Gran Bretaña. Nació en 672, fué monje en el monasterio de *Warmouth*, y escribió una *Historia eclesiástica de la*

nacion de los Anglos, en cinco libros, interesante porque es única en los tiempos á que corresponde, y aunque carece de crítica, resplandece por la sinceridad y el deseo de decir lo verdadero. — A su lado puede colocarse al monje y obispo de Salisbury, *Aserio*, autor de la *Vida de Alfredo* el Grande. Antes que estos dos, habia escrito el monje San Gildas sobre la invasion y conquista anglo-sajona un discurso titulado: *De excidio Britanniae*.

Luitprando, obispo de Cremona y embajador de Berengario II, y luégo de Oton el Grande, en Constantinopla, escribió una *Historia* de estas legaciones y una *Relacion* de los sucesos contemporáneos, tanto en Oriente como en Occidente. Parece presentir algo semejante á una historia universal. Da bien á conocer la Italia y su siglo; mas á fuerza de intentar ser verídico, es exagerado, se complace en referir anécdotas un tanto repugnantes, y quizá por adular á los emperadores de Occidente, deprime á los de Oriente.

La obra *De Gestis Gothorum et Romanorum*, de Casiodoro, ministro de Teodorico el Grande, el compendio que de ella hizo *Jornandez* con el título *De Rebus Gothicis*, y la *Historia de los Lombardos* por *Paulo*, diácono, son las fuentes históricas de los Ostrogodos y Lombardos. — Y lo son de los Visigodos, y de los primeros tiempos de la Reconquista, los *Cronicones* de Idacio, del Biclarense, de San Isidoro, de Sebastian, obispo de Salamanca, ó segun otros de Alfonso III, de Sampiro, obispo de Astorga, de Pelayo, obispo de Oviedo, y del monje de Silos, entre los cristianos. Y cuentan lo acaecido entre los Arabes la historia del arzobispo D. Rodrigo, la de

Africa de D. Luis Mármol, la de Africa y España de M. Cardonne, la de Conde, la de las dinastías mahometanas en España por Ahmed Mohamed, traducida por Gayangos, y la *Historia de los Musulmanes de España por R. Dozy*; no sin que sea justo decir que tuvieron ellos también historiadores muy distinguidos, tales como Ibn-Habib, Kasim-Ibn-Asgab, Ahmed-Arrazy y otros, estimándose sus obras por la exactitud cronológica y genealógica y por sus conocimientos en la geografía.

En Oriente, escribieron la *Historia eclesiástica* Teodoreto, continuador de Eusebio, desde 324 hasta 429; Sócrates, que comienza en 306 y termina en 439; Sozomeno, desde 324 hasta 439; Evagrius, continuador de Teodoreto y Sócrates, desde 434 hasta 594; y por último, Víctor Tunense, que llega hasta 565. Ni en ésta, ni en la civil, hicieron los griegos lo que era de esperar de sus conocimientos, y de su lengua y cultura. La literatura decayó como la vida toda de los Bizantinos, y la historia se empequeñeció, á su vez, también. Fuera de la *Historia* de Procopio en ocho libros (véase Lección VII), de la que los dos primeros tratan de las guerras con los Persas, desde la muerte de Arcadio hasta el año 33 del reinado de Justiniano, los dos segundos, de la guerra de los Vándalos, y los cuatro restantes de las de Italia contra los Ostrogodos, hasta la muerte de su último rey; y exceptuando la *Historia secreta ó anecdótica*, escrita para completar aquella, y cuyo estilo, en ambas, no deja de ser correcto y elegante, donde hay orden y claridad y se pintan con bastante exactitud las costumbres de los Bárbaros, los demás historiadores como Jorge el Sincelo en su *Crono-*

grafia, Juan Genesio, contemporáneo de Leon el filósofo y de Constantino Porfirogénito, que escribió la *Historia del imperio griego* desde Leon el Armenio hasta Basilio I, y el monje Jorge, su continuador desde Leon hasta Romano II, son de escaso mérito literario é histórico. Lo tiene aún menos Simeon Metafrastes, quien en los primeros tiempos de la dinastía de los Macedonios, escribió *vidas de Santos*, fijándose más que en lo real é histórico, en lo maravilloso.

ÍNDICE.

	<u>PÁG.</u>
PRÓLOGO	V
PRELIMINARES. — Lo que se entiende por Edad media. — Dificultades que ofrece su estudio. — Dentro de qué límites cronológicos se comprende. — Divisiones cronológicas y determinaciones históricas principales.	9
INTRODUCCION. — Transición de la Edad antigua á la Edad media. — Lo que deja de ser y lo que queda á la caída del imperio romano. — En qué condiciones históricas pasa, lo que queda, á formar parte de la nueva sociedad. — Quiénes de entre los pueblos septentrionales hicieron asiento en lo que fué el imperio, y dónde se establecieron. .	23

EDAD MEDIA.

LECCION I. — Carácter y costumbres de los Bárbaros en general. — Qué grado de cultura tenían en particular los Visigodos al establecerse en España; — los Ostrogodos en Italia; — los Francos en las Galias; — y los Anglo-sajones en la Gran Bretaña.	45
--	----

- LECCION II. — Guerras de los Bárbaros entre si hasta establecerse. — Guerras de los Visigodos contra los Suevos y demas que penetran en España. — Guerras de los Ostrogodos contra los Herulos. — Guerras de los Francos contra los Romanos, Alemanes, Visigodos y Borgoñones. — Guerras de los Anglo-sajones contra los Bretones. — Índole propia de esas guerras. — Condicion á que reducen los vencedores á los vencidos. 60
- LECCION III. — Conversion de los Bárbaros al catolicismo. — La Iglesia, los pontifices, los obispos y los monjes en Occidente; su organizacion interior y sus relaciones con la sociedad. — Conversion de los Francos y de los Borgoñones. — Conversion de los Suevos y Visigodos. — Conversion de los Anglo-sajones y Lombardos. — Sus consecuencias. 78
- LECCION IV. — Legislacion de los pueblos Bárbaros. — Carácterés generales de su legislacion. — Carácterés especiales de las legislaciones visigoda, ostrogoda, lombarda y gombeta. — Carácterés particulares de las legislaciones sálica y ripuaria. — Carácterés únicos de la legislacion anglo-sajona. 94
- LECCION V. — Constitucion de los pueblos pagano-católicos. — Narracion de hechos concernientes á los reyes francos. — No llegan á constituir Estado ni Gobierno. — Luchas entre la Austrasia y la Neustria, é institucion de los Mayordomos de Palacio. — Consecuencias de la batalla de Testry. — Elementos que se muestran con más vitalidad al fin de la dinastia merovingiense. — Tiempos de la Heptarquía en la Gran Bretaña. 113
- LECCION VI. — Constitucion de los pueblos Arrianos ó Arriano-católicos. — Narracion de hechos. — Cómo se constituyen en Estado y Gobierno los

- Ostrogodos y Lombardos en Italia, y los Visigodos en España. — Fin y acabamiento de estos pueblos. 137
- LECCION VII. — Justiniano. — Su carácter. — Sus reformas legislativas en el interior. — Desarrollo del arte. — Guerras y conquistas en el exterior. — El Exarcado de Italia. — Juicio general sobre Justiniano y su gobierno. 163
- LECCION VIII. — Los Arabes y los emperadores de Oriente. — Un hombre nuevo, un nuevo pueblo y otra raza en la historia. — Situacion y descripcion geográfica de la Arabia. — Origen, carácter y costumbres de los Arabes en tiempo de Mahoma. — Su aparicion, su vida y su doctrina. — El emperador Heraclio, los Persas y los Arabes. — Establecimiento del Califato en Oriente: conquistas: elevacion de los Omeyas. — Observaciones acerca de la rápida propagacion del islamismo y de su estabilidad en Oriente. 181
- LECCION IX. — Los Carlovingios, los Pontifices y los Isauros. — Advenimiento de los Carlovingios en Francia: nueva fase del Pontificado. — Pipino: misiones y conquistas en Alemania: guerras en la Aquitania. — La dinastia de los Isauros en el imperio de Oriente. — Leon III Isauro y la cuestion sobre las imágenes. — Alianza de los Papas con los Carlovingios. — Guerras de Pipino con los Lombardos. — Origen del poder temporal de los romanos Pontifices. 200
- LECCION X. — Renovacion del imperio de Occidente. — Carlomagno rey. — Sus conquistas. — El nuevo imperio de Occidente. — Carlomagno emperador: su pensamiento político y su gobierno, así en lo civil como en lo eclesiástico. — Cultura literaria y artistica que promueve. — Relaciones de Carlomagno con los príncipes contemporá-

- neos. — Carácter de Carlomagno. — Juicio sobre la renovacion del imperio de Occidente y su significacion. 220
- LECCION XI.** — Desmembracion del imperio de Carlomagno. — Ludovico Pio. — Primeros años de su gobierno. — Sublevaciones de los pueblos tributarios. — Guerras civiles y degradacion de Ludovico Pio. — Batalla, tratado y primera desmembracion del imperio. — Sus causas y consecuencias. 273
- LECCION XII.** — Invasiones y desmembraciones. — Origen, carácter, correrías y establecimiento de los Normandos en la Europa central. — Invasiones de los Slavos y Sarracenos — Nuevas desmembraciones y periodo anárquico del imperio, desde el tratado de Verdum hasta la muerte de Lotario II y sus hijos. — Cárlos el Calvo, hasta la deposicion de Cárlos el Gordo. — Más desmembraciones, hasta la total extincion de la dinastía carlovingiense en Francia, Alemania é Italia. — Extension de los Feudos al acabarse la dinastía de los Carlevingios. 292
- LECCION XIII.** — Fundacion del imperio de Alemania: su constitucion germánica. — La dinastía de Sajonia y Oton I el Grande. — Su primera expedicion á Italia: situacion de este país. — Su segunda expedicion: crisis política y moral del Pontificado. — Oton el Grande, emperador de Alemania: sus conexiones con los emperadores de Constantinopla. — Otones II y III: nueva tentativa contra el poder temporal de Roma. — Principo de la constitucion germánica: fin de la casa de Sajonia. . . . 316
- LECCION XIV.** — La Reconquista en la Gran Bretaña. — Primeros tiempos de la invasion dinamarquesa. — Alfredo el Grande. — Sus aventuras y triunfos en la guerra de la Reconquista. — Su gobierno. — Sucesores de Alfredo: trances de la

- guerra con los Dinamarqueses. — Estado interior político y religioso de los Sajones, desde Alfredo hasta la dominación dinamarquesa. 339
- LECCION XV. — La Reconquista en España. — Entrada de los Arabes en la Península ibérica. — Gobierno de los amires hasta el Califato. — Situación de los Mozárabes. — Principios de la reconquista hasta la batalla de Calatañazor. — Estados cristianos independientes y continuación de la reconquista hasta Fernando I. — Su constitución política, su estado social y religioso. 358
- LECCION XVI. — Civilización árabe en los califatos de Oriente y Occidente. — Hechos correspondientes al gobierno nacional en ambos califatos. — Hechos relativos á sus relaciones políticas y de comercio con el extranjero. — Civilización árabe en Oriente. — Civilización árabe en Occidente. — Desmembración del califato en Oriente, y fin del mismo en Occidente. 387
- LECCION XVII. — Imperio de Oriente: Cisma de Focio. — Principios de la dinastía de los Macedonios, y serie de sus emperadores. — Focio patriarca de Constantinopla. — Origen del cisma de Focio. — Separación de la Iglesia griega de la latina. 428
- LECCION XVIII. — Resumen general del primer período. — Desenvolvimiento social, político y religioso en Occidente y Oriente. — Desenvolvimiento intelectual y artístico. — Desarrollo material. — Carácter moral de la sociedad en este período. — Arte histórico y fuentes de la historia. 440



... y en sus fundamentos. — El libro de...

... y en sus fundamentos. — El libro de...

... y en sus fundamentos. — El libro de...

... y en sus fundamentos. — El libro de...

... y en sus fundamentos. — El libro de...

... y en sus fundamentos. — El libro de...

... y en sus fundamentos. — El libro de...

... y en sus fundamentos. — El libro de...

... y en sus fundamentos. — El libro de...

... y en sus fundamentos. — El libro de...

... y en sus fundamentos. — El libro de...

... y en sus fundamentos. — El libro de...

... y en sus fundamentos. — El libro de...

... y en sus fundamentos. — El libro de...

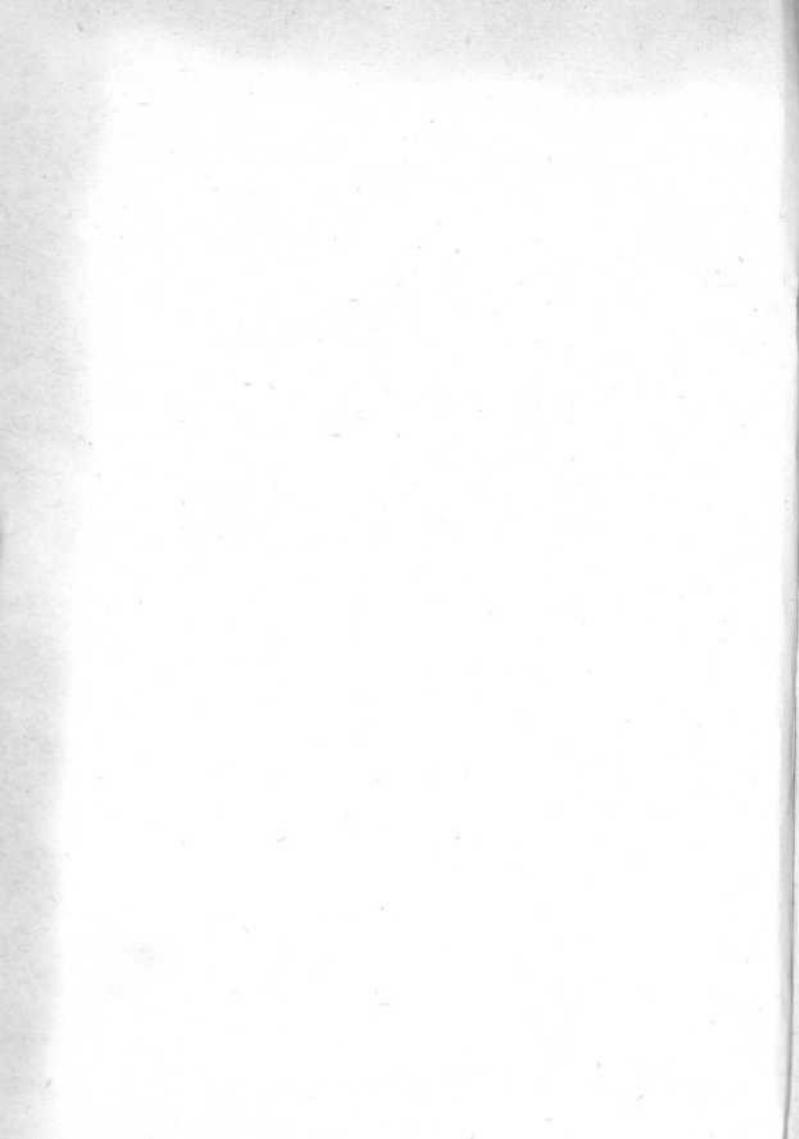
... y en sus fundamentos. — El libro de...

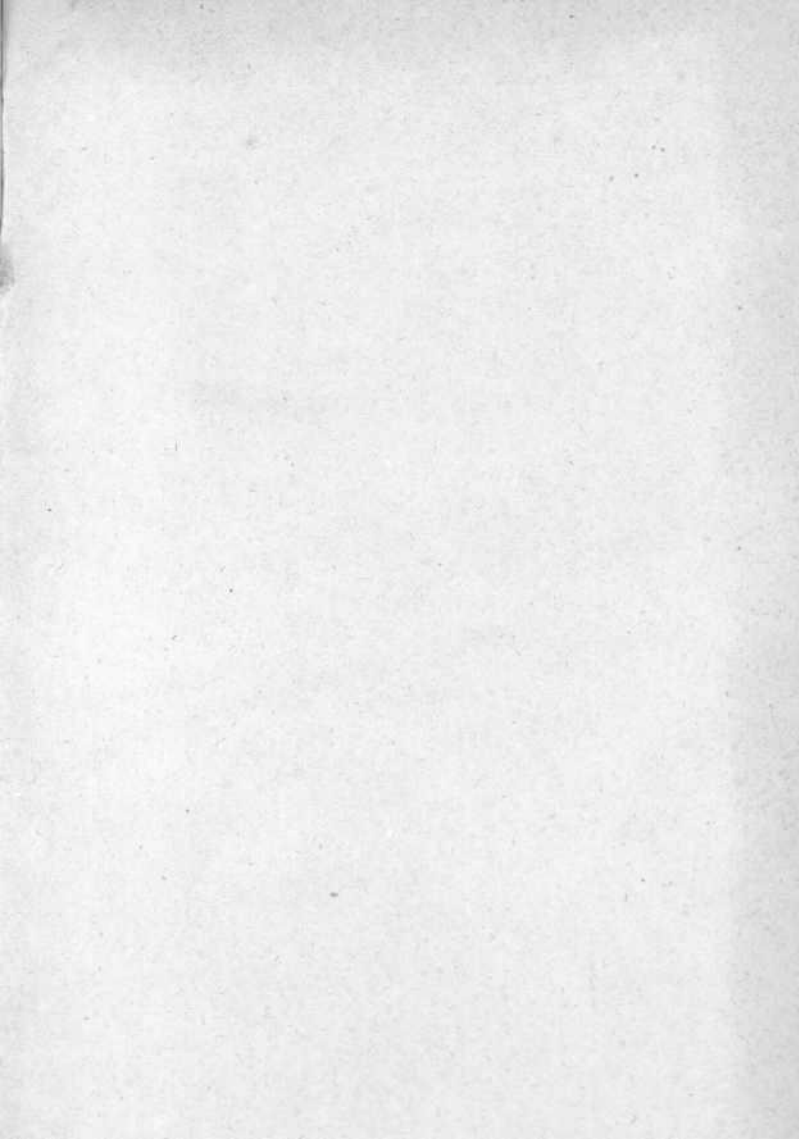
... y en sus fundamentos. — El libro de...

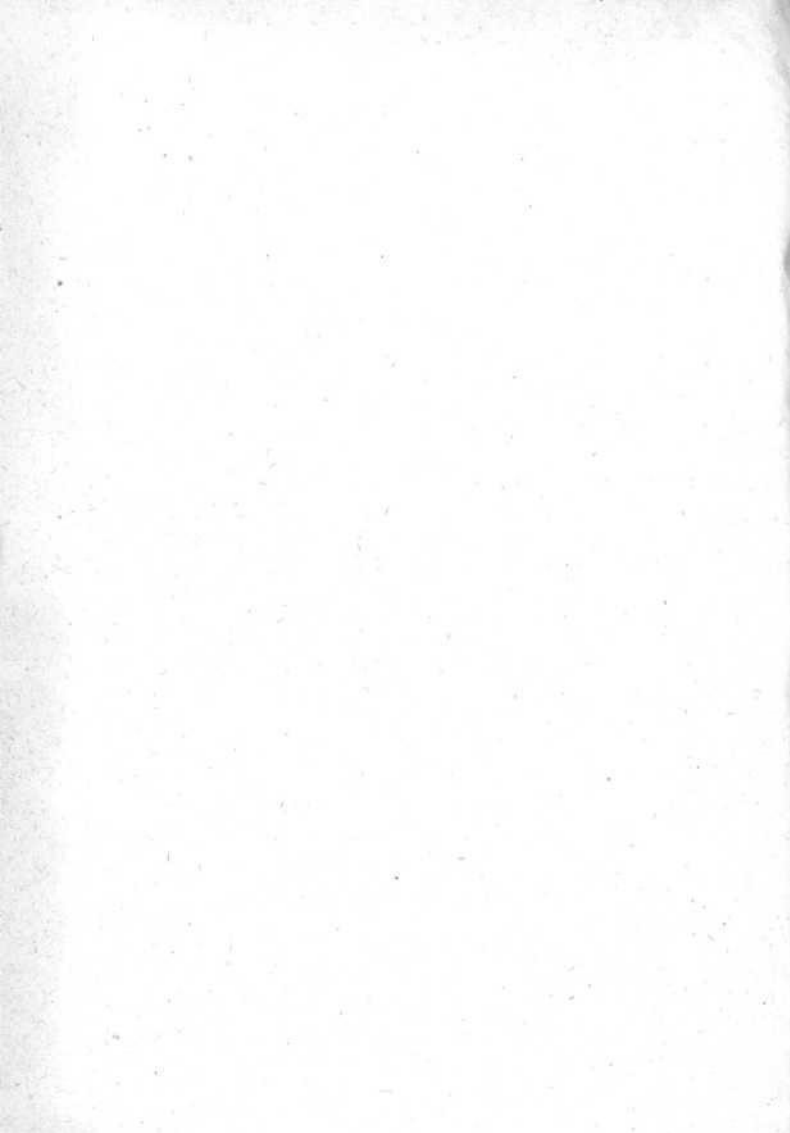
... y en sus fundamentos. — El libro de...

FE DE ERRATAS.

PÁGINAS.	DICE.	LÉASE.
47	Godos.	Celtas.
98	humanos.	hermanos.
293	Irlanda.	Flandes.
362	gobernando.	gobiernan.
364	hallaban.	hallan.
402	iras.	oirás.









COMPENDIO
DE HISTORIA
GENERAL

2

F. A.
10239